

## Editorial en cuarentena

Cual proceso electoral, el COVID-19 ha sacado a relucir los problemas estructurales de cada país, que escondidos durante el “tranquilo” desarrollo de la vida cotidiana poco o nada se perciben o comentan, y que surgen intempestivamente para ser objeto de la politiquería, revelando la inagotable lucha por el poder advertida por Foucault. Así pues, lo que marca la diferencia entre unas elecciones y un periodo de pandemia como el que afrontamos, es que durante aquellas constantemente se hace un uso y abuso de la Historia como mecanismo para reivindicar o desprestigiar, con miras al futuro, un cierto pasado; mientras que en este ni para eso se le ha usado.

Lo anterior es un síntoma del olvido generalizado de la historia y de la Historia, pues, aunque siempre está vigente la posibilidad de que brote una enfermedad contagiosa y altamente letal, el modo en que estamos actuando demuestra lo poco o nada que hemos aprendido de las anteriores. Eso no significa que no se hayan hecho esfuerzos por registrar lo que ocurrió. El problema de la falta de conocimiento acerca de la historia tiene que ver, entonces, con otros de mayor envergadura. Uno de los más visibles, para el caso colombiano, es el poco apoyo que ha recibido por parte del Estado la disciplina histórica. Pero el problema no termina ahí, pues en medio de todo sobreviven instituciones y personas que fomentan su investigación y enseñanza: peor resulta la casi nula consideración que en términos de políticas estatales se tiene frente a los resultados que se desprenden de las investigaciones —algunas de ellas enfocadas en el estudio de temas como la salud—.

El 20 de enero de 1917, un año antes de que iniciase el brote de gripa española en los Estados Unidos, entraba en circulación en la ciudad de Medellín el periódico *El Social*. En aquel primer número, el sacerdote jesuita Jesús M. Ruano manifestaba que uno de los objetivos de esa publicación era entregar herramientas prácticas de higiene para prevenir el deterioro en la salud (*El Social* [Medellín] ene. 20, 1917). Esta iniciativa liderada por la Iglesia católica colombiana es uno de los antecedentes —entre muchos otros rescatados por historiadores— que existen sobre un esfuerzo encaminado hacia la educación de la población colombiana en términos de higiene personal. Poco más de cien años después no solo los colombianos, sino gran parte de la humanidad, estamos siendo nuevamente educados respecto a ese tema.

¡Cuán diferentes podrían ser las decisiones que se toman en estos momentos con respecto al COVID-19, si se supiera que durante la Colonia las enfermedades contagiosas mataron a más indígenas que los españoles!, ¡cuán diferente podría ser la situación en Italia si tan solo hubiesen visto en su propia historia el uso de la cuarentena para evitar la expansión de la plaga!, ¡cuán diferente sería el presente si, tal y como lo hizo *El Social*, hubiéramos fomentado la higiene como medida de prevención desde antes de la aparición del virus!, ¡cuántas muertes se evitarían si tan solo pusiéramos atención a lo que ha dicho la Historia!

Es en medio de esta reflexión que presentamos nuestro XVI número, el cual se encuentra compuesto por tres artículos y una reseña. El primero de ellos, escrito por Hernán Iván Hurtado, y titulado “Coricancha como artefacto de poder inca y un lugar sagrado como [proto] museo”, estudia a través de una mirada arqueológica el papel que jugó el Coricancha —también llamado Templo del Sol— como artefacto de poder en el Estado inca, y cómo fue re funcionalizado por la administración española con fines de control social. El autor propone, además, que el Coricancha funcionó como un proto museo. Para lograr su objetivo, Hurtado hace una relectura de algunas crónicas del periodo colonial.

El segundo artículo, escrito por Santiago Enrique Gutiérrez, titulado “‘Suelo propio y originario’: Manuel Quintín Lame y sus pensamientos sobre el espacio durante ‘La Quintinada’ (1910-1922)”, explora las visiones que Lame construyó sobre el territorio en el marco del despojo de tierras de principios del siglo XX en la zona suroccidental de Colombia. Dichas construcciones están insertadas, según Gutiérrez, en la creación de una identidad indígena que tiene como base el sufrimiento que vivieron estas comunidades. Los hallazgos que hace el autor parten de una basta lectura de los textos producidos por el mismo Lame.

El último de los artículos se titula “La construcción social del heredero en Playa Mulatos: un proceso alterno de territorialización en el litoral Pacífico colombiano”, y es escrito por Lina María Muñoz. En él se muestran las relaciones que se han tejido desde el siglo XVIII en Vigía y Mulatos —Pacífico colombiano— con el fin de preservar la integridad del patrimonio y consolidar una identidad. La autora pone de manifiesto las estrategias de control territorial, las prácticas culturales, religiosas y económicas de Playa Mulatos, las cuales se han formado a través del diálogo entre lugareños y llegaderos. La investigación de Muñoz se basa en gran parte en la información obtenida directamente de los habitantes a través de un trabajo de campo llevado a cabo a comienzos de la década del 2010.

Finalmente, el número cierra con una reseña de Sebastián Uribe, quien invita a leer un libro que trata el tema de la risa en la antigua Roma: *Laughter in Ancient Rome. On Joking, Tickling and Cracking up*, de la autora Mary Beard.

**Edward Aníbal Vásquez Guatapí**  
**Editor**